

El hombre que debería estar muerto

Méndigos fulanos, nos robaron otra vaca, maldijo Gumaro y mazotó la puerta de la cocina.

Cuál fue, preguntó Ara, su mujer.

La Lupe.

Ay, no mi Lupita no, chilló. Malnacidos. Haz algo, Gumaro, por humanidad.

Desde hacía dos meses una banda de atracadores de ganado conocidos como Los aguachiles asaltaban los corrales del pueblo a su parecer. Ninguno de los ranchos se había salvado del pillaje. Pero Gumaro consideraba que ya lo habían agarrado de su puerquito. Primero una res, después un becerro y ahora una vaca lechera.

Haz algo, le reclamó su mujer. Antes de que estos desgraciados nos mermen todo el patrimonio.

Voy a levantar la denuncia, dijo y se caló el sombrero.

No, lo atajó Ara. Eso es pura pérdida de tiempo. Pa mí que esos mentados Aguachiles son los policías que despidieron por custodiar aquel cargamento de droga que detuvieron los federales. Haz algo de verdad.

Como qué.

Contrata unos hombres para que vigilen.

Pero sí esa tarea ya se la encomendamos a mi pa.

Ay, Gumaro, qué vicio el tuyo por hacerte el desentendido. Mi suegro ya no está en edad de cumplir esa labor.

Don Ruperto se había empecinado en montar guardia de noche para evitar otro hurto, sin embargo, le habían vuelto a timar otro animal en sus narices. Sufría de un insomnio montaraz. Por lo que se había ofrecido de vigía. Sentía que era el indicado. Aunque su nuera lo acusara de dormilón, don Ruperto aseguraba que no había acometido el ejercicio del parpado caído en toda la

madrugada. Juraba por el espíritu de su difunta mujer que no había visto a nadie merodeando por la propiedad. Eso le había jurado a Gumaro cuando contó las cabezas de ganado vacuno a la hora de la ordeña y había descubierto un faltante.

Don Ruperto entró a la cocina con el sombrero apretujado entre sus manos.

Le decía a Gumaro, dijo la mujer, que es harta responsabilidad la que deposita en usted, pa. Además de que es arriesgarlo de oquis. Qué va pasar el día que se tope de frente con los bandidos esos.

No te preocupes, Aracita, estoy lleno de años, de acuerdo, pero todavía puedo manejar la escopeta. Si los ladinos esos aparecen les voy a provocar semejantes boquetones.

Pa, intervino Gumaro, ¿seguro no vio nada? ¿No escuchó nada? Tuvieron que llevarse a la Lupe en una troca o en un remolque para caballos.

Ni estoy medio ciego para no ver a una vaca que me pase por enfrente ni tan sordo para no oír el motor de un vehículo. La noche estuvo más aburrida que las partidas de dominó en las que no se apuesta ni un saco de gorgojo. Lo único que vi fueron las luces.

Qué luces, inquirió Ara.

No me dijiste nada de ningunas luces, segundó Gumaro.

Anochi, cuando me apuraba mi sexto cigarro, vi unas luces de colores a la altura del cerro gordo. De esas que se miran cuando viene la feria al pueblo. Se empañaban de tan brillantes. Caminé varios metros para distinguir mejor pero no distinguí contorno.

Ya salió el peine, pensó Gumaro, pero no dijo nada para no evidenciar a su padre. Los aguachiles lo distrajerón con las luces mientras desalojaban a la Lupe a hurtadillas.

Ah mi suegro tan elaborado, pensó Ara, pero tampoco dijo nada para no faltarle el respeto a don Ruperto. Estaba segura de que se había tupido una siestotota y esas luces las había soñado. Y nada era capaz de convencerla de lo contrario.

A las cuatro de la tarde una troca negra se estacionó afuera de la finca de Gumaro. Era su compadre Chon.

Vengo a comunicarte que mataron a don Tiburcio, le soltó antes de que siquiera lo invitara a pasar.

Cómo jijos, se extrañó Gumaro, si me lo topé en la cantina hará menos de veinticuatro horas.

Se enfrentó con Los aguachiles. Ayer por la madrugada los atrapó a media faena y se desató la balacera.

Hijos de su mal dormir, se lamentó Gumaro con amargura.

Velarán el cuerpo en su misma casa. Echo cuentas de que a eso de las siete de la tarde ya podremos ir a cafetearlo.

¿Y la policía ya anda tras los asesinos?

Sí, pero ya sabes. Se hacen del ojo prieto. Pa mí que están coludidos con los mugres de Los aguachiles. Les han de dar una tajada del botín para que no muevan ni una nalga.

A mí también me dieron baje anoche con un animal.

Estuvo agitada la jornada, pues. También a mí me quitaron dos vacas lecheras. Pero una no se la llevaron.

Cómo ansina.

Sí, ai ta el pobre animal agostado con dos tiros en el cuello.

Qué habrá pasado.

A lo mejor se resistió a andar y por puritita maldad. Onque está raro. No reconozco el calibre de los agujeros. Y la vaquita se ve marchita. Y mira que era de las más lozanas.

Ah, fregao, me gustaría ver eso.

Vamos nomás pal rancho pues, antes de que los muchachos la entierren.

¿Enterrarla?

Sí, ese animal ya no sirve ni como pedacería. Deja que la veas.

Gumaro puso la taza de café sobre la tierra y se trepó a la troca de su compadre. Agarraron carretera rumbo a Jalpa y varios kilómetros más acá de los pajonales torcieron a la izquierda por un camino de terracería. Gumaro viajaba en silencio, ensimismado en lo que acontecería si su padre se liaba a tiros con Los aguachiles. Su compadre como que le descifró el pensamiento.

Si los apañas burlándote otro animal, ¿actuarás?

No lo sé, respondió Gumaro con sinceridad, así al vuelo es dificultoso calcular. Tendría que estar en la mera situación para evaluar.

Pues yo lo he dado hartas maromas al asunto y no, compadre. Pa que es más que la verdad. Yo no me batiré por un animal. Por mí que se empachen. El día que los atrape con las manos en las ubres, con todo el embotamiento de mi corazón, voy a resignarme de a tiro. Si me matan quién sostiene a mi familia.

Yo no la tengo tan pelada. La Ara no deja de instigarme con que emplee unos gatilleros. Y mi pa va a defender lo nuestro hasta la tumba.

Ese pensamiento testarudo es lo que jugó en contra de don Tiburcio.

A mí lo que más me asocia desconcierto es que Ara no haya escuchado nada. Tiene el sueño tan ligero que con cualquier pedo la despierto.

Yo tampoco oí nadita.

Pa mí que Los aguachiles tienen una técnica. Un maniobrar que desconocemos. Porque usurpar tanto animal así no es gratuito. Cómo los amacizaría don Tiburcio. Lástima que ya no podamos preguntarle.

Pues yo ayer salí a mear y a fumarme un cigarro como a las cuatro de la madrugada y todo estaba apaciguado. Lo único que divisé fueron las luces.

Qué luces.

Unas luces que se miraban retiradas, allá por el cerro gordo. Pero no presté importancia. A lo mejor se confundían con una hoguera. Podían tratarse de unos peyotereros. Como tu difunto primo Molacho, que nunca le gustó trabajar y se la pasaba todo el tiempo bien loco.

Mi pa también las avistó.

Duraron un chico rato nomás, al amanecer ya no se precisaban.

Llegaron al rancho de Chon y un peón corrió a recibirlos.

Patrón, estamos esperando la orden pa destazarla, le dijo.

La vamos a sepultar, como si fuera cristiano, dijo Chon en tono de vacile. Pero antes aquí mi compadre le va a dar los santos óleos.

El cuerpo de la vaca lucía drenado. Como si le hubieran transvasado la sangre con una manguera, como cuando le ordeñan gasolina a un carro. Pero nadie se había arrimado al animal. Lo habían cubierto con unos sacos vacíos de frijol desde la mañana. A pesar de ser puro cuero casi, se le apreciaban límpidos los dos orificios en el cuello. En cuanto los tuvo a centímetros Gumaro supo que no eran hoyos de bala.

Esto es obra de una alimaña, dictaminó.

Ah dio, dijo el compadre.

No sé de qué tipo, pero esto lo causó un depredador.

Pues por aquí las únicas alimañas que existen son Los aguachiles, respondió.

Mi compadre y mi pa son un par iluminados, dijo Gumaro.

Ora qué rompieron, preguntó su mujer urdida.

Son los únicos que han visto las luces.

No son los únicos, dijo. Matilda, la concubina del sacristán, también las vio. Pero el padre le prohibió andar de chismosa. No quiere que se alboroten los feligreses. Dice que con los salteadores de ganado ya son suficientes turbaciones.

Y tú que asegurabas que eran figuraciones de mi pa.

Ya sabes cómo son las gentes mayores, Gumaro, dadas a matar el tiempo con invenciones.

Qué más le sonsacaste a la mentada Matilda esa.

Asegún ella que las luces se deben a unas detonaciones a las faldas de una ladera.

Pos sabe qué explosivo dedicarán, porque si fuera dinamita nos convidaría el estruendo.

Sepa la bola, y tampoco creo que la Matilda sea muy versada en estallidos.

¿Dio un norte de los responsables? ¿El nombre de alguna compañía? Y qué pretenden.

Lo que persiguen es extraer mármol. Y los perpetradores no son otros que los mismos Aguachiles. Onque yo nunca he sabido de la existencia de mármol en el valle, la mera verdad.

Y de dónde adquirió Matilda toda esa información.

Refirió el pecado más no el pecador. Cuchicheos que cachó al maltrapear la parroquia.

Gumaro sintió el apremio de montarse a su caballo y repegarse a la ladera para descorroborar las menudencias de Matilda, pero ya era medianoche y no quería despegarse ni una vara del rancho, no fuera que Los aguachiles consintieran en apersonarse. Pepenó una almohada, su bolsa de dormir y besó a su mujer en la frente. Consideró contarle sobre las dos aberturas en el

cuello de la vaca de su compadre pero se arrepintió, como recomendaba conveniente el cura, pa qué inducir más preocupancias.

Diantre tú, no aleccionas, Gumaro, lo amonestó Ara antes de salir. Te digo que acuerdes pistoleros, pero te quiebra la terquedad.

Tendido a la puerta del corral lo esperaba don Ruperto. Gumaro se formó aposento con su bolsa de dormir y se tumbó junto a su padre. Quien se había provisto para la entretención. Cuatro pacas de pastura dispuestas como trinchera, dos carabinas, dos revólveres, un buen estipendio de municiones para su consuelo y para su aburrimiento un litro de aguardiente. Para Gumaro, tras el homicidio de don Tiburcio Los aguachiles no volverían a las andadas hasta que se enfriara el muerto. Pero para don Ruperto se anunciaba lo contrario, aprovecharían que el pueblo andaba en el velorio para atacar los corrales.

¿No le gestan remordimientos? pa, preguntó Gumaro. Por no concurrir a despedirse de don Tibu.

Tengo la muerte por delante para invertirla en convivencia con los fallecidos. Mientras de aquí no me desafecto. Móndeigos Aguachiles querrán desvalijarnos esta noche. Pero no les vamos a consentir el agrado.

Los vaticinios de don Ruperto no fueron errados. A las dos de la madrugada cuatro sujetos allanaron el rancho. Saltaron la cerca sobrados de confianza. Uno hasta se dispuso a orinar junto a un abrevadero. Acción que convino para que don Ruperto lo determinara con la mirilla del rifle. Con el cigarro encendido en la boca, amartilló el arma. Gumaro dormía el sueño noqueador del aguardiente, pero en cuanto oyó el mecanismo del rifle protestó.

Qué jijos, pa, de permiso de dormir, pronunció malhumorado.

Ta no acababa de remilgar cuando don Ruperto jaló del gatillo. Se oyó un quejido de esos que solo obsequia el dolor. Había herido al meón. Los ladrones respondieron el agravio sin miramientos. Abrieron fuego con carnicería, pero la desventaja estratégica les impedía brindar pelea, la posición pecho tierra de don Ruperto y Gumaro los desorientaba. No atinaban de dónde derivaban los balazos. Tanta cortesía no habían recibido en ninguno de sus atracos.

Se vislumbraban las sombras en ambición por reagruparse, los murmullos con instrucciones no cesaban y recargaban sus armas con desespero. Habían emanado tan mala suerte que brincaron la cerca por el lado más pelón del rancho. No había ni un mísero depósito de agua para guarecerse de la pelotera. Sabían que la tenían perdida, pero no resistieron la tentación de practicar el amedrentamiento.

Están muertos, vamos a acabar con ustedes, gritó uno de ellos.

Para bajarles los humos, don Ruperto vació la carga de su .38 sobre el cuerpo que yacía herido en el suelo.

Cállense el hocico, respondió.

Los cuatreros unánimes respondieron el fuego, pero por más bala que derrocharan de esa no salían vivos. Se repartieron más murmuraciones y tras varios minutos con las cámaras de

las armas vacías emprendieron la retirada. Entre dos cargaron al perjudicado mientras otro les cubría las espaldas con un arma corta que extrajo de su bota derecha.

Una vez del otro lado de la cerca, don Ruperto y Gumaro procedieron a acariciarles caza. Subieron a sus caballos, ensillados previamente para cualquier urgencia. Pero antes de que pudieran ubicarlos a tiro de plomazo una camioneta recogió a los salteadores y se perdió entre la llanura por un camino de terracería. El chorreadero de sangre indicaba que el fulano no llegaría con vida a su destino, si no es que ya estaba muerto.

Le patrociné tremendo boquetón, presumió don Ruperto orgulloso.

Gumaro, lejos de argumentar alivio, padeció ojeriza. Sabía que lo peor estaba por acontecer. Pero a la siguiente estaría todavía mejor preparado. Él y don Ruperto volvieron a sus bolsas de dormir y aunque conjeturó que no pegaría el párpado en lo que restaba de la noche al primer trago de aguardiente se quedó jetón.

A media mañana ya todo el pueblo repetía las minucias del enfrentamiento. Según algunos metiches Gumaro y don Ruperto habían abatido a diez malhechores ellos solos. Para otros cuentachiles eran veinte a los que habían derrotado. Les endilgaron la talla de héroes. Desde que había comenzado el ultraje de ganado nadie se había atrevido a repeler a Los aguachiles. A don Tiburcio lo habían liquidado en montón. Ni oportunidad le socorrieron de defenderse.

Pero para Gumaro no cabía tanta adulación. Solo amparaba lo que le incumbía. Lo que había obtenido con años de trabajo. Sabía que su persona se había convertido en un propósito. Que el deseo de venganza de los agresores no tardaría en materializarse. Entonces sí que tomó sus previsiones. Apalabró a cuatro pistoleros para que resguardaran su rancho las veinticuatro horas. Por la sangre derramada los bandidos ya no esperarían el patrocinio de la noche para embestir.

Le prohibió a don Ruperto distanciarse del rancho siquiera un milímetro. Sin pretextos que valieran. Por más luces en el cielo que distinguiera no podía desprenderse ni un segundo de su cuarto. Su padre aceptó a regañadientes. De lo que sí no pudo convencerlo fue de que no pasara la noche a la puerta del corral. La presencia de los pistoleros le infundía seguridad, así que se lo toleró. Él, por su parte, se fue a dormir con su esposa. Con las botas puestas por si acaso. Por si tenía que salir juído.

Hasta que por fin hiciste caso, le dijo Ara.

Era la primera noche desde el enfrentamiento con Los aguachiles. Y transcurrió sin novedad. A la mañana siguiente todo figuraba en orden. Excepto por una ausencia. Don Ruperto había desaparecido.

Ninguno de los guardias lo vio salir.

¿Están seguros? ¿No se quedaron dormidos?

Mire, patrón, le dijo uno de los pistoleros mirándolo a los ojos, si su padre hubiera salido de su cuarto lo habríamos sabido. *Semos* profesionales.

Gumaro y su compadre emprendieron una búsqueda por los alrededores a caballo. No permitió que Ara se arrancara en la troca y fuera a asomarse a la cantina, donde aseguraba que se hallaría.

Ya sabes cómo es mi suegro, que en los momentos más delicados ejerce con ingravidez.

Gumaro sabía que Los aguachiles acechaban ese movimiento. Si ellos habían secuestrado a don Ruperto se beneficiarían de la búsqueda para saquear a manos llenas. Inculcó a los pistoleros que se quedaran a custodiar el rancho. La orden era disparar a matar. Ni hacía falta que lo declarara, con la paga que recibían los guardias no sería otro su participar.

La pesquisa no fue prolongada. El sol del mediodía taladraba el ánimo de cualquiera. Cuantimás el de Gumaro que atenazaba la corazonada de que su conducirse era inerme. Pero el destello de un objeto a unos metros del cerro gordo lo contradijo. Era el sombrero de don Ruperto. Adelantito apenas apreció los zapatos.

Dígalo, compadre, solicitó Gumaro cuando valuó el rostro compungido de Chon.

Híjole, pues no interprete esto como falto de tiento, y es impreciso de aseverar, pero para mí que don Ruperto ya no está en este mundo.

Por la tarde despidió a los pistoleros. Cavilaba que tentaba demasiado los límites de la indefensión. Pero le daba lo mismo. A la mañana siguiente continuaría la búsqueda del cuerpo, con la sabiduría de que bien podría gastarse veinte años sin hallarlo.

Su compadre se negó a dejarlo solo. Pese al miedo que ostentaba de que volvieran Los aguachiles se quedaría a pasar la noche con él. Destaparon una botella de aguardiente y del llanto pasaron a la risa al recordar todas las ingeniosidades de don Ruperto, sus meteduras de pata y sus virtudes. Su terquedad tan criticada que era la herencia más reconocible que le había infundido.

No era dejado, el viejo, dictaminó el compadre cuando rememoraron su hazaña contra Los aguachiles.

Y como si las palabras hubieran invocado el mal augurio, se percibieron ruidos provenientes del corral. Tomaron las armas y salieron lámpara en mano. En medio de las vacas, tentándolas como si de fruta se tratara y quisiera conocer su grado de maduración, se toparon con el Enano albino. Su calvicie rotunda brillantaba aún más la luz de la luna. Le decoraba el rostro apenas una tirita de ceja güera. Llevaba el torso desnudo y los pantalones de don Ruperto.

Entre Gumaro y Chon lo sometieron, no opuso resistencia. No medía mucho más de un metro, quizá diez centímetros. Su piel era pálida, blancuzca, como si acabara de salir de una alberca de pintura color ostión. Fue dócil cuando le ataron las manos con una soga. Luego lo arrastraron de las patas hasta el granero y lo amarraron a una silla.

Dónde está el cadáver, quiso saber Gumaro.

Como no obtuvo respuesta comenzó a darle puñetazos en el rostro. Se detuvo. Y volvió a preguntar.

Dónde está mi padre.

El Enano albino estaba zambullido en el silencio. Pero no como una protesta o un mandato o una afrenta. Estaba descalificado para articular oración.

Gumaro continuó golpeándolo.

Dónde está, gritó empuetecido. Dónde está. Dónde, enano hijo de la chingada.

Muuuu, muuuuu, la imitación de un mugido de una vaca fue todo el sonido que liberaron los labios del Enano albino.

Gumaro interpretó el gesto como una burla, tomó un fuate y comenzó a azotarlo.

Muuuuu, muuuu, repetía.

Lo fustigó con toda su fuerza. Una y otra vez. Con saña. Con descargo de toda la frustración que le manaba por el crimen de don Ruperto. El Enano albino no lloraba. Ni siquiera sangraba. Y a su compadre le extrañó.

Gumaro, esto no es un enano.

Pero no se detuvo. Continuó flagelándolo.

Muuuuu, muuuu, insistía el Enano albino.

Compadre, compadre, reaccione, impelió Chon y lo sujetó del brazo para detenerlo. Esto no es un enano.

Entonces qué chingados es, le espetó.

No sé, pero no es un hombre.

Cómo chingados no, si andaba manoseando las vacas. Debe ser un señuelo de Los aguachiles.

¿Ya se dio cuenta de que no sangra?

Paciencia, compadre, orita va a supurar, verá.

Yo he visto menonitas, pero nunca uno tan lechoso como este. ¿No será un retrasado?

No enjuicio ni tantito que lo sea, pinches Aguachiles son capaces de emplear lo que sea. Pero tan tonto no está como para averiguar cuál es la vaca más gorda.

Se está desquitando con un pobre retrasado.

Mire, compadre, este cabrón no es ningún pendejo. Está bajo la prestancia de Los aguachiles. Además, por qué tiene los pantalones de mi pa.

Chon ya no supo qué argumentar.

Dónde está el cuerpo, volvió a inquirir Gumaro.

Y la respuesta fue la misma.

Muuuuu, muuuu.

Volvió a la carga y le coció la cara, el pecho y los brazos a fuetazos. Le dolían ambos brazos. Pero su cuerpo no parecía obedecer al cansancio. Se detuvo solo porque el Enano albino dejó de retorcerse.

Se le pasó la mano, compadre, dijo Chon después de hacer notar que el enano ya no respiraba.

Lo enterraron en medio del corral. Acabaron el trabajo antes del alba, poquito antes de que la Ara despertara.

No vas a dar cuenta del desayuno, viejo, le preguntó Ara.

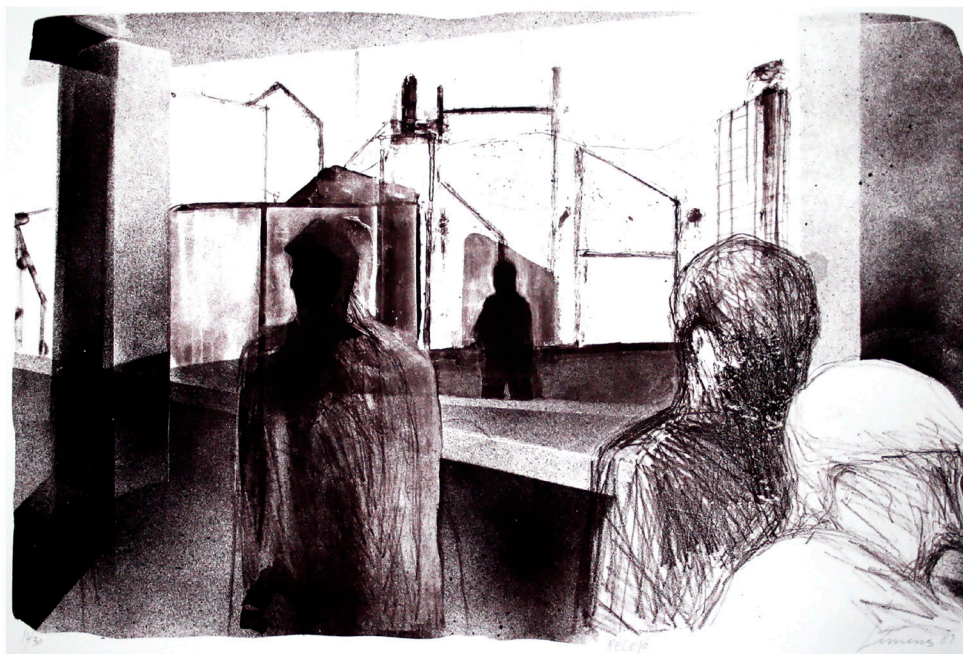
No tengo hambre, arguyó Gumaro con la mirada ida.

Del televisor nació el reportaje de que habían atrapado a la banda de Los aguachiles en la capital del estado. Además del robo de ganado se les imputaban otras fechorías, como el secuestro y la extorsión. La noticia no le produjo a Gumaro efecto alguno. Se sentía como sedado. Hueco. Como si fuera el puro cuero, igualito que la vaca que le chuparon a su compadre.

Retoñó de su adormecimiento porque se abrió la puerta de la cocina de repentazo. Era don Ruperto en calzones. Ara lo abrazó con premura. Pero Gumaro no supo reaccionar. Su padre se moría de hambre. Mientras se despachaba dos platos de frijoles con seis tortillas contó la historia de su escamoteo. Después de burlar a los guardias siguió las luces en el cielo más allá del cerro gordo. Tan concentrado estaba en el firmamento que dio un paso en falso y cayó a una barranca. Su pierna quedó atrapada bajo una piedra. Un Enano albino muy chistoso, que se la pasaba mugiendo como vaca, que pasaba por ahí, lo ayudó. En agradecimiento le regaló su sombrero, sus zapatos y hasta los pantalones. Tardó una noche y un día en reaparecer porque tuvo que rodear la barranca para poder regresar.

Esa noche Gumaro no pudo forjar el sueño.

Fue hasta el corral y sacó a las vacas. Las arrió para que agarraran monte. Encendió un cigarro y se puso a consultar el cielo, pero no vio luz alguna. **C**



MARCOS LÍMENES. *Receso*, 1989. Litografía, 400 mm x 610 mm, ed. 16/30